

JOSE REVUELTAS

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL



PRESENTACIÓN

José Revueltas nació en Durango el 20 de noviembre de 1914. Habría tal vez publicado muy precozmente sus primeras obras si su temprana vida política como militante del Partido Comunista (al que ingresó a los catorce años), no hubiera inundado con su violencia al escritor. Y sin embargo, nada se entenderá de la obra de Revueltas si no se penetra a fondo en el contenido de esa pasión política que define por entero su ser admirable. Él mismo declara que su primera novela no es *Los muros de agua* (1941), que se alimenta de sus dos prisiones políticas en las Islas Mariás en los años 1932 y 1934; "escribí antes . . . (y esto debe ser por los años del 37 y 38) una novela corta, *El quebranto*, de la cual sólo llegó a publicarse el primer capítulo en forma de cuento".

Ya *Los Muros de agua* ("la bien intencionada malignidad de algunos críticos sostiene que se trata de mi 'mejor' novela", dice Revueltas), mostraba un viraje de importancia frente a la literatura mexicana inmediatamente anterior: la orientación del material novelístico hacia una atmósfera más humana que narrativa, la conformación de una técnica más apta para conseguir este propósito, el enfrentamiento a un cúmulo de elementos reales, vivientes, horriblos, que la expresión literaria se resiste a registrar documental o periodísticamente. Nunca ha sido más visible este viraje que en el momento actual: escritores jóvenes y viejos continúan hablando en José Revueltas la vitalidad aleccionadora, que garantiza la periódica exhumación a toda obra significativa que las editoriales y los críticos se permitan olvidar. En una nota reciente, José Alvarado señala con acierto que Revueltas "produce la primera expresión narrativa original . . . después de las obras de Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán", y también: que "José Revueltas y Octavio Paz son los dos grandes de su generación".

La siguiente novela de José Revueltas: *El luto humano* fue publicada en 1943 y obtuvo el primer lugar en la selección de novelas mexicanas, para participar en el concurso hispanoamericano convocado por la editorial Farrar & Rinehart de Nueva York. La novela no obtuvo el premio internacional, pero le fue concedido en México un "Premio Nacional de Literatura" que según la reseña de José Luis Martínez se tornó escurridizo en lo que se refería a la parte "substancial".

El mismo José Luis Martínez afirmó entonces: "la acción de la novela, lentísima a fuerza de prescindir casi de toda acción exterior y reducirla [al] puro dinamismo sombrío de las almas, alcanza

por Eduardo Lizalde

un dramatismo seco, desesperado, una épica de la miseria". Así es, pero sobre todo lo que a partir de esas novelas empezó a marcar la obra de Revueltas fue la introducción de dos elementos motores de su concepción artística, que habrían de hacer posible la sorprendente unidad de estilo —que es también voluntad— de su obra entera; unidad de estilo que no se rompería con las transformaciones temáticas y la mayor finura de los libros posteriores. Estos dos elementos son, desde mi punto de vista, primero: la sistemática presentación de un aspecto del mundo cuya estructura alienada y sin salidas visibles nos descubre una humanidad bestializada y descomunal que, por eso mismo, pone a la vista, más descarnadamente que nunca, lo humano; y segundo: la persecución de una trama inmaterial, oculta siempre en el hilo de los acontecimientos, que sin embargo los riga siempre, en permanente combate y contradicción con ellos. Sin el juego constante de esos dos elementos ordenadores de la obra de Revueltas, toda la pasta literaria de sus situaciones y sus personajes se hubiera perdido, y su literatura pertenecería al campo deleznable del arte tremendista o bien, al no menos deleznable, del arte doctrinario y de programa. En suma: la visión de ese mundo alienado, sucio, mortal, angustioso, en que los personajes de Revueltas han decidido salvajemente habitar, se une a la perpetua preocupación de hacer consciente esa miseria que parece constitucional; de hacerla consciente para humanizarla, para volverla miseria humana, ya que el hombre no puede convertirse de un día para otro en verdadero representante de la humanidad. Revueltas cree a pie firme que las salidas existen para el hombre, pero sabe también que es imprescindible admitir su vileza en toda su insolente realidad, para estar en condiciones de luchar contra ella con alguna ventaja. A eso se debe que los personajes de Revueltas, como lo decía en el mismo texto el citado JLM, tengan de pronto "una densidad y una profundidad de las que carecen por lo general nuestras novelas contemporáneas" (la nota es de 1943).

La publicación del libro de cuentos titulado *Dios en la tierra* (1944) otorgó a Revueltas prestigio de excelente forjador de textos cortos y, con mucha frecuencia, la crítica se apresuró a lanzar el fácil juicio acostumbrado: "Revueltas es mucho mejor cuentista que novelista. Sus novelas adolecen de grandes defectos, etc." Error evidente. Lo que sucede en este caso es que la crítica ha sido mejor lectora de los cuentos de Revueltas que de sus novelas; pero los

cuentos y las novelas de Revueltas están unidos por ese ánimo que hace un conjunto efectivo de todos sus libros. Los cuentos de *Dios en la tierra* —muchos de ellos al menos— habían sido publicados en revistas como *Letras de México* o *El hijo pródigo*. Revueltas reunía en el libro relatos de distintas épocas (1937 a 1944) que conservaban, pese a todo, parentesco temático y técnico. Pero la forma de trabajo típica de este escritor es, esencialmente, la que conduce a la producción de novelas, porque sus ambiciosas concepciones literarias tienden a exigir el desarrollo de un discurso prolongado. Revueltas está habituado a planear un libro minuciosamente, como un rascacielos, antes de proceder a su redacción. Los esquemas de una novela suya en proceso recuerdan más un libro de química que una sinopsis literaria. Una vez armada la estructura teórica de la novela, colocados los andamios y dispuestas las varillas para poner el concreto en pie, Revueltas comienza a crear efectivamente la novela. La idea de un libro es para él semilla que tiende a procrear árboles frondosos. Los arbustos son cosa cotidiana, brotan a su paso, suben con él al camión, como en los cuentos de árboles y leones que improvisa con frecuencia en la conversación, cosa curiosa, llena siempre de un humor regocijante y agudo que no es propio del sombrío tono de su literatura.

Nunca aspiró esta nota a un comentario detallado de toda la bibliografía de Revueltas, pero no pueden dejar de mencionarse, aparte de libros como *En un valle de lágrimas* (1956), *Los motivos de Caín* (1957) o el extraordinario *Dormir en tierra* (cuentos de 1960), dos libros más: *Los días terrenales* (1949) y *Los errores* (1964), novelas ambas injustamente mal leídas y en ocasiones, despreciadas por los propios críticos partidarios de Revueltas.

No es accidental el desprecio por estas dos obras magistrales que son sin duda las más agriamente empeñadas en poner al desnudo la realidad política de nuestra izquierda radical y la del país. ¿Cómo habrían de comprender esas novelas los conformistas de izquierda y derecha, si están hechas para expresar precisamente la tozudez del conformista?

Se ha reparado pocas veces en un hecho importante, en lo que se refiere a la producción literaria de Revueltas: sus obras políticas suman tanto, en páginas, como su literatura (tal vez son más extensas). La misma incompreensión política de libros como *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (1962) o *México, una democracia bárbara* (1958) —cuya horrenda portada no debe llamar a engaño—, se proyecta en la lectura habitual del fondo político de *Los días terrenales* y *Los errores*, e impide a los aludidos conformistas la aprehensión de los propios valores literarios de las dos novelas.

El alud de reproches, insultos, excomuniones, torpezas, santas maldiciones y francas majaderías ideológicas que llovieron sobre Revueltas cuando se publicó *Los días terrenales*, oscureció toda posibilidad de conocer la novela como obra literaria. Una vez condenada como novela reaccionaria —es todo lo contrario— por los sectarios oficiales de todas las corrientes de la izquierda, nos ahorramos entonces el trabajo de leerla. El tiempo ha dado la razón a Revueltas: la mayoría de sus frenéticos atacantes de antaño que no se retractaron por escrito, admitiendo la ceguera trágica de la

época staliniana y otras cosas por el estilo, guardaron respetuoso silencio sobre el asunto. *Los días terrenales* gana una lucha de veinte años y aparece ahora tal como era desde el principio: obra estupenda, con más prosa, más cultura, más inteligencia literaria y más novedades artísticas que sus predecesoras. Revueltas no había hecho en ella sino retratar a sus propios camaradas, sino retratarse él mismo, sino decir la verdad. “Los personajes se rebelan” dirá más tarde a sus opositores. Querían bellos y perfectos revolucionarios, yo no conocí ninguno, hablé de los que había.

Los siniestros años treinta dejaron cicatrices largas en el espíritu de Revueltas. Había mostrado el mundo de la suprema enajenación presentando al lector el panorama de los verdugos y los seres primitivos de *El luto humano*, pero había que hacer una novela que se ocupara con detalle de la enajenación del hombre en un terreno más dramáticamente confuso: el de los hombres que forman su atroz familia política, los llamados a conducir la historia como miembros de una organización partidaria científica y heroica. La familia de los “monstruos del bien” como les llamará en *Los errores*. Toda la novela surgirá de un nudo conceptual iluminador: el error como la forma natural del progreso o la degradación humana, el error como elemento orgánico, irrenunciable de toda vida consciente. De ese modo se formularía Revueltas —o lo formuló alguna vez por escrito— ese nudo de ideas que dan origen a su última, intrincada novela.

Para dejar ver las peripecias de los errores en las almas de sus demonios del bien y sus ángeles del mal, Revueltas cargará las tintas, se ahogará con sus personajes en turbias aguas, se asfixiará con ellos en sus túneles de topes civilizados; y para no asfixiarse definitivamente buscará respiraderos, puntos débiles de las tinieblas cerradas; introducirá por eso personajes lúcidos, de vez en cuando, respiraderos como Gregorio en *Los días terrenales* (“Gregorio, hecho, construido, dispuesto para la luz”), o Jacobo en *Los errores*. Pero los lúcidos serán perseguidos y descarnados también por las ratas en las cañerías de la cárcel de Belén.

Para terminar, se ha dicho que las novelas de Revueltas suelen presentar “irregularidades”, “fallas formales”, digresiones discursivas y otras cosas. Creo que es así, pero todo eso forma parte de su peculiar quehacer. Julio Cortázar decía en una nota sobre Lezama Lima, y hablando precisamente de las extravagancias y hasta incorrecciones formales que muestran las obras del escritor cubano, que tal cosa no autoriza al escándalo: “cualquiera que anuncie que la tierra es redonda con un ‘estilo’ aceptable merecerá más respeto que un cronopio con una papa en la boca pero con mucho que decir atrás de la papa”. Eso es para mí lo que sucede con Revueltas. Es preciso entender lo que Revueltas ha dicho de la papa en esos miles de páginas que componen su obra, recientemente editada en dos volúmenes que le valieron el premio Villaurrutia en 1967.

La grabación que ahora ofrece al público “Voz Viva de México” contiene una selección de textos tomados de *El luto humano*, para que el lector alcance también con el oído la voz de este escritor de ferocidad y vigor expresivos tan envidiables.

TEXTOS

CARA I EL LUTO HUMANO

Duración
18'18"

La muerte estaba ahí, blanca, en la silla, con su rostro. El aire de campanas con fiebre, de penetrantes inyecciones, del alcohol quemado y arsénico, moviase como la llama de una vela con los golpes de aquella respiración última —y tan tierna, tan querida— que se oía. Que se oía: de un lado para otro, de uno a otro rincón, del mosquitero a las sábanas, del quinqué opaco a la vidriera gris, como un péndulo. La muerte estaba ahí en la silla.

—¡Dios mío, y sí! ¡Va a morir!

Dentro de algunos minutos abandonaría la silla para entrar bajo el mosquitero y confundirse con aquel pequeño cuerpo entre las sábanas. Si no por qué la respiración, si no por qué los golpes. Y la llama: el aire como llama, lenta, lenta de un lado a otro, del quinqué a la ventana, del rincón a la pared, balanceando su masa atroz, precursora. Un cuerpo tan pequeño con una respiración tan grande para que la muerte entrara.

Su mujer, junto a la camita, volvió el rostro hacia él con una expresión aguda, inteligente de pesar.

La escena se hizo insoportable y él esperaba ya el estupor que todo aquello le causaría, la tontera terrible que se iba a meter dentro de su cerebro después. Entonces no pudo reprimir una mirada para ver si aún estaba ahí, en la silla; pero había desaparecido. Quizá nunca estuvo sentada, con su rostro blanco, y todo fue una visión; mas lo cierto era que, visión u otra cosa, había desaparecido.

Su mujer dejó oír algo como un ruido. Algo que no debía explicarse con la voz (debió haber dicho: "Ha muerto"), y entonces él se pudo atrever ya a moverse de su sitio, y también junto a la cama, ahora, con sus propios dedos, intentó cerrarle los ojitos duros, de resorte. "Como los de una muñeca", se dijo, "sólo que más extraños".

Comenzaba a sentirse tonto, tal como pensó en un principio que iba a estar, y sólo la conciencia de la estupidez era lo único inteligente que se movía aún en su cerebro opaco y sordo.

Siniestramente activa, su mujer amortajaba el cuerpecito muerto, llena de cariño, pero con una especie de trágica osadía, como si no tuviera el comedimiento necesario frente a un cadáver. Se volvió para mirar a su marido con ojos resueltos y bárbaros:

—¡No podrás negarte ahora!

El no podía negarse ya, en efecto. Ni siquiera movió la cabeza como antes, terca y dubitativamente; se sentía tonto de tan triste.

de José Revueltas

La muerte ya no estaba en la silla, pero tampoco, ¡oh Dios! en aquel cuerpo fallecido. Porque la muerte no es morir, sino lo anterior al morir, lo inmediatamente anterior, cuando aún no entra en el cuerpo y está, inmóvil y blanca, negra, violeta, cárdena, sentada en la más próxima silla.

—Sí —dijo, pues ahora ya no le importaba ir por el cura—, iré a llamarlo...

Siempre un cura a la hora de la muerte. Un cura que extrae el corazón del pecho con ese puñal de piedra de la penitencia, para ofrecerlo, como antes los viejos sacerdotes en la piedra de los sacrificios, a Dios, a Dios en cuyo seno se pulverizaron los ídolos esparciendo su tierra, impalpable ahora en el cuerpo blanco de la divinidad.

—Iré —insistió—, cómo no voy a ir...

Aunque sus palabras tenían un hondo rencor que él advertía más allá de todo.

Quiso tomar su jorongo, porque afuera había norte y tempestad, y se dirigió a la alcayata que servía de percha.

Pensó entonces cómo habían luchado ella y él, rabiosamente, mientras agonizaba la niña. El no había querido ir por el cura. Y no quiso a pesar de que aquello podría significar algo terrible y grande, vacío y sin esperanzas. Pues tal vez no hubiese mentira. O de otra manera, quizá fuera verdad, y verdad palpitante e infinita, aquella de los ojos bárbaros de su mujer exigiéndole que partiera en busca del sacerdote. Exigía con tal pavor furioso y terco, con un aire tal de condena en la mirada, que el rito, o mejor, el sacramento de la confesión dejaba de ser falso, volvíase misterio y verdad: devolver el alma a través de un hombre vivo y terrestre como un sacerdote, que no hace otra cosa que recibir en sus oídos humanos la narración definitiva, descomunal de los pecados. "Bien", logró pensar, "¿y ella? ¿Por qué no fue ella misma?" Pero en seguida también alcanzó a comprender que ella estaba impedida; que ella no podía moverse cuando la muerte se hallaba tan cerca de la pequeña cama, ahí, en la silla. Porque entonces todo hubiese sobrevenido antes, durante el desesperado lapso en que la mujer, loca en medio de la noche, se empeñara en la búsqueda. No. El único capaz de traer los sacramentos, las cosas sacramentales, los rojos misterios católicos, el aceite sagrado, la estola ardiendo, era él, él que permaneció fijo en su lugar mirando con atontada pena a la verde, a la azul muerte de la silla.

Hoy todo parecía inútil, y si él estaba equivocado, es decir, si existía esa inmovilidad de tinieblas, ese vagar, sollozando, bajo la mirada de Dios, de que la Iglesia hablaba con tan recia y colérica fe, su hija sufriría incluso más que todo lo que ya había sufrido en la tierra.

—Si no hay más remedio, atravieso a nado el río. Al amanecer vendré con el cura, de todas maneras...

Su mujer lo había odiado por un instante, cuando la niña roncaba ya, sin remedio; mas con un odio de tal intensidad, tan enorme y duro, que aquel instante tuvo el valor de una vida entera, como si lo hubiese odiado por mil años.

Él iba por el cura con rabia. No podía existir la vida eterna, la muerte eterna; eterna, sin límites. Aunque en los ojos de su mujer sí existía esa vida eterna. Rabia de ir por el cura y de que la muerte, quizá, no tuviese fronteras, grande como un músculo de Dios. "De cualquier modo ya no podrá salvar su alma", se dijo con pena, pensando en la niña muerta. Y tornaba a mirar las durísimas mandíbulas de su mujer, que parecía creer en Dios con ellas y con su calidad de huesos cerrados. "Ella es Dios y ella es el sacramento. Dios existe tanto en ella como en mí no existe." Pero lo cierto es que no era Dios, sino otra cosa la que, bárbara, despiadadamente, estaba exigiendo ahí que aquella muerte pequeña, que aquel soplo evadido, fuese preparado, dispuesto sagradamente para el misterio.

Antes de salir sentose por un momento en la misma silla donde estuvo la muerte, para observar todavía a su mujer, que había encendido unos cirios. Y de dónde cirios, como si los tuviera preparados desde hacía mucho. Afuera soplaba el norte.

Después de amortajar el cuerpo, la mujer se sentó en un banquito y quién sabe por qué parecía de rodillas, pidiendo perdón, a tiempo que veía la frente encendida del cadáver. Encendida por una luz que le salía. Dios santo, si estaba muerta.

—Me iré a nado, si no hay más remedio —insistió él, de tan triste como estaba.

El norte daba golpes sobre la noche. Y el cielo no tenía luz, apagado, mostrando enormes masas negras que se movían espesamente, nubes o piedras gigantescas, o nubes de piedra.

Ya no decía nada con los ojos —de pronto vacíos, fijos— su mujer, ahí como un baúl de llanto; sólo una absurda soledad la envolvía con su velo húmedo. Había que ocuparse ahora de avisar a los vecinos, para que viniesen a velar y a beber, con sus flores amarillas y blancas, si había; que viniesen a decir:

—Ya sabes Cecilia, cuánto lo sentimos. Úrsulo, recibe mi pésame por el angelito, angelita. Y Dios golpeando el cielo, la terrible bóveda oscura, sin estrellas.

Cecilia volvió su rostro maternal (tan maternal que ya de pronto él, Úrsulo, era como su propio hijo, como su propia hija, de mirada oscura y extraños párpados mortales):

—Ten cuidado con el río. Le tengo miedo —dijo.

Y después.

—Si puedes traes parafina. Y un poco de mezcal, o si no, alcohol.

Úrsulo salió entonces a la noche, sujetándose el jorongo, y experimentó la impresión de haber penetrado en un gran ojo oscuro, de ciego furioso. La arena se revolvía entrándole por los rudos zapatos y presionando sobre las agujetas hasta casi reventarlas. Era una arena como si el viento se hubiera vuelto sólido y sus extrañas materias, su vivo oxígeno, también se hubieran muerto, dispersándose en piedra múltiple e infinita. "¡Si aquí hubiese un cura...!", lamentose, pues era preciso atravesar el río —cruzarlo, hacer una cruz— para internarse en el poblado donde estaba la iglesita. Arena y agua furiosas en la noche.

Caminó perplejo y entontecido por espacio de media hora, peleando con el aire y el chubasco. "Murió la pobrecita de Chonita", se dijo, pues Chonita se llamaba su hija. Y se lo dijo como si él no fuera su padre y, no obstante, ella algo mucho más tierno, acaso más querido que una hija. Una idea insólita, en medio de la noche, surgía en su cerebro: el último sacramento, la final comunicación de los pecados, el último aceite, el óleo santo del rey de los judíos, no era otra cosa que la inmortalidad. Pues la muerte sólo existe sin Dios, cuando Dios no nos ve morir. Pero cuando llega un sacerdote, Dios nos ve morir y nos perdona, nos perdona la vida, la que iba a arrebatarlos. Estas palabras, que eran una brasa, ya habían sido dichas por los ojos de Cecilia, cuando la muerte estaba ahí, blanca, y una respiración invadía el cuarto, moviendo sus paredes y las paredes de todo. "Verdad que ha muerto", repitió, sin dejar por un instante de ver el cuerpo de su hija, y lleno de asombro por la fiereza brutal de sus pensamientos.

Caminaba a la ventura, sin orientarse, con gran abandono, confiando en quién sabe qué para llegar al río.

Cuando un vendaval lleva luz y es como más clara su furia, menos ciego su impulso, el corazón no se sobrecoge de vacío ni de nociones infinitas. Presiente un lejano golpe de esperanza. Pero cuando en la noche el viento se desata y sus mil cadenas baten en la tierra, el espíritu vuelve a sus orígenes, a sus comienzos de espanto, cuando no había otra cosa que tremendos anticipos de gemidos.

Tropezó con un cercado en medio de la abrumadora oscuridad. ¿Qué? ¿Dónde estaba? El viento en su derredor, de agua, gemía, sordo y arbitrario. Entonces Úrsulo sintió que, de tan triste, de tantas y repetidas ideas como tenía en la cabeza, había extraviado el camino.

Golpeó el cercado de madera:

—¿Estoy muy lejos del río?

¿Y estaría, en realidad, muy lejos, independientemente de que alguien diera respuesta a sus gritos y lo situara?

Dentro escuchose un ruido pequeño y luego la voz indispensable, desconfiada, sorda:

—¿Qué quiere?

—El río... atravesarlo...

El río, serpiente de agua negra y agresiva, sucio de tempestades, con su lecho de fuera en la agitada superficie.

Entre sueños, la desconfianza nocturna, el siempre esperar un enemigo en las tinieblas, hizo hablar también la voz de una mujer, que murmuró junto al marido:

—Tu machete...

El metal sonó dentro.

—¿A estas horas al río y con el chubasco...?

Úrsulo sentía la terrible angustia de que no le abrieran.

—Voy por el cura...

"Miente", pensó el otro hombre, "es Úrsulo que viene a madrugarme".

—De una vez dime qué quieres, Úrsulo.

Úrsulo no dijo nada. Ahora pensaba, a su vez, que lo iban a matar. Que abrirían la puerta para descargarle un machetazo. Que aquel hombre no perdonaba nunca. Ya estaría de Dios.

—A Cecilia se le murió la niña...

A Cecilia; como si aquella niña no fuese también suya, aunque, en verdad, era Cecilia quien la había perdido.

Oyó entonces cómo el machete, suavemente, con dulzura, fue colocado de nuevo en el hocón. Y la voz rencorosa:

—¡Entra! —aunque también conmovida.

Se odiaban tal vez, y ya juntos, el uno frente al otro, no había palabras, sino un mirarse indefinido, impenetrables los ojos ciegos.

—Vienes a madrugarme; anda, pues —le dijo a Úrsulo sin moverse de su sitio, ajeno, como si hubiera pronunciado otras palabras.

Úrsulo movió la cabeza de un lado a otro, negando tristemente:

—Me perdí con este norte. No traigo armas. De veras se murió Chonita.

Explicó que iba en busca del cura; que deseaba atravesar el río.

Y otra vez permanecieron mudos, en sorda lucha.

Ahí dentro todo era de tierra, sin muebles, apenas una silla y un metate antiguo, prieto como iguana. Del techo colgaban trozos de carne seca de res, llenos de humo, con su color humano, indígena, de cobre.

“Se le fue la hija, voló el angelito”, pensó Adán, pues todos los niños son pequeños ángeles que vuelan. Y miraba los hombros tristes, acabados, de Úrsulo, que tenía la cabeza inclinada y los ojos espesos de amarga ternura.

—Te doy mi pésame —musitó.

El viento tenía una manera de golpear, con la arena, con el agua. Una manera terca y sombría. De país terco y sombrío.

Y no podían matarse, estando ahí, el uno frente al otro, sólo porque una muerte, físicamente extraña a los dos, los separaba.

—¡Vamos, pues! —dijo Adán.

Úrsulo levantó los ojos, pero no descubrió nada en los de Adán, pues nada había, sólo el tezontle lejano de una raza, antigua como el viento. “Adán, el hijo de Dios. El primer hombre.”

—¡Vamos!

La mirada recelosa de loba, el cuerpo de loba, el vaho de loba de la mujer, intentó una prevención, un gesto:

—Tu machete, Adán...

Adán la miró y quién sabe qué decían sus ojos de piedra que entraron por la mujer como un cuchillo.

Salieron. Adán sin el machete; desnudo, sin la parra, sin la hoja.

Poseía una barca para cuando iba a comprar aguardiente, cerillos, petróleo, carne seca, mezclilla, agujetas, espejos, en el pueblo al otro margen del río. Con un hierro ardiendo le había puesto *La Cautibadora* en un costado, hundidas las letras en torno de la be labial.

El olfato los llevó al río, y también un sentido que era una especie de reunión de todos los sentidos, como si la corriente lengua del río se percibiera, sin verla, por los ojos; sin oírla, por los oídos; sin tocarla; únicamente porque el hombre es también agua que corre y desemboca, que colecta barro e impurezas en su transcurrir; materias con mancha y otras immaculadas.

—Me perdí con el norte, en la oscuridad —dijo Úrsulo— y caí en tu casa.

Adán había recibido la barca de los indios, que se la regalaron para tenerlo contento, cuando él era agente municipal de la sierra. Tenía Adán esa sangre envenenada, mestiza, en la cual los indígenas veían su propio miedo y encontraban su propia nostalgia imperecedera, su pavor retrospectivo, el naufragio de que aún tenían memoria.

—Creí que venías a matarme —respondió.

—No. No venía a matarte...

Callaron por un momento, y luego Adán:

—Me dio un poco de miedo...

Alguno de los dos sobraba en el mundo. Quien fuera debía decirlo el metal, el callado acecho, la ocasión oscura.

Revolcábase el río, hiriente y próximo, tan negro que podía estar en el aire, ser río celeste, en aquella oscuridad de cielo y tierra donde los pies se volvían lo único seguro y cardinal.

La Cautibadora, ahí junto ya hablaba su lenguaje de madera golpeada. Subieron.

Abajo de las rodillas se sentía la frialdad del agua que llenaba a *La Cautibadora* y con las manos empezaron a achicarla, provocando un ruido como de paladar en movimiento.

“¿Me arrojará al río?”, pensó Úrsulo, y nuevamente tuvo intenciones de penetrar en el sentido de aquella máscara, de aquella espesura enigmática de Adán. “Ahora no, ahora que ha muerto Chonita”, replicose. Y algo tan ilógico, tan descomunal, tan extraño, sólo pudo ocurrírsele porque así era la tierra de ese país: tierna, cruel, hostil, cálida, fría, acogedora, indiferente, mala, agria, pura.

Pensaba en todo lo que Adán debía (Adán, padre de Caín, padre de Abel); en las vidas que debía, de las que era deudor, pues así se dice, y matar es deber; en el macizo, inexorable Caín de que estaba hecho; en los nombres muertos, sepultados, de Natividad, Valentín, Guadalupe, Gabriel, que Adán había borrado de la tierra. “Dice la gente que debe más de cinco muertes.” Y quién sabe por qué el más, pues a lo mejor sólo a cinco había matado. Pero la gente era una gente humillada desde hacía muchos años y muchos siglos; humillada desde su nacimiento, y la palabra más era tan sólo para indicar que el criminal —o los criminales de siempre— seguirían matando. “Más de cinco.” Más. Más. Fatalidad pura, resignación triste y antigua, donde una apatía interior, atenta, inevitable y desolada, esperaba, sin oponerse, crímenes nuevos, más y más difuntos.

Habíanse desprendido hacia las aguas profundas.

¿Por qué se escuchaban con tanta claridad los remos en mitad de la tormenta? Aun cuando muy grandes, son pequeños junto al río.

Junto al cielo desatado. No debe escucharse su rumor cuando el lamento de la tempestad lo ocupa todo. Era como si el río fuese de tierra y los remos paletadas sobre el vacío de otra tierra, mortuoria y sin consuelo. Un río de tierra. Mañana Chonita estaría bajo la tierra.

—Estamos solos... —dijo Úrsulo, pero Adán no percibió el menor sonido, atento a las vigorosas palas, cavando lo inenarrable de aquel río terrestre, mientras Úrsulo gobernaba el timón.

Era una invitación de Úrsulo para que Adán le diera muerte. Pero los remos estaban sepultando a Chonita y cubrieron su cuerpo de ceniza.

Como puntos, como cruces, repetíanse los nombres en la cabeza de Úrsulo: Valentín, Gabriel, Natividad... Los muertos. “¿Qué habrá sentido cuando le pegaron por mi muerte? Habrá dicho: voy a matar a Úrsulo.” Imaginaba entonces la emoción dura, la casi voluptuosa masculinidad, la reconfortante, opaca, animal sensación. Adán debía descender de los animales. De los animales mexicanos. Del coyote. De aquel pardo ixcuintle sin pelos y sin voz, con cuerpo de sombra, de humo: de la serpiente, de la culebra; de las iguanas tristísimas y pétreas. Si tuviera machete, una pistola, y si su hija no hubiese muerto hoy, Úrsulo lo mataría. Porque Adán era hijo de los animales; de los animales precortesianos que tenían algo de religioso, bárbaro y lleno de misterio y de crueldad. Aunque también Úrsulo descendía de esos mismos animales.

El río habíase vuelto un torvo caballo herido por metales ardiendo, que galopaba fuera de su cauce.

Podían matarse. Uno u otro podría dar la señal, el impulso de muerte. “Basta que él o yo empujemos...”, pensó Úrsulo, pero un grito lo contuvo:

—¡Úrsulo!

El grito desesperado de Adán a quien un golpe de remo había precipitado al río.

Se despeñó como si algo lo reclamase y esto era sencillo y duro, como un matrimonio de dos oscuridades.

“Habrá que salvarle la vida.”

Úrsulo entonces luchó con desesperación en contra de aquel ser

no
está
en el
aviso

insensato que lo abrazaba impidiéndole nadar. Iba a salvarlo y Dios sabe por qué. Acaso porque se trataba de salvar una especie de destino representada por aquel hombre. Por aquel Adán, hijo de Dios, padre de Abel, padre de Caín; de salvar el fratricidio oscuro; el crimen del Señor, del Hijo, del Espíritu Santo. Hoy no podía dejar que se ahogase. Cualquiera otro día menos hoy, cuando su hija, allá, bajo los cirios, recibía una luz última, el parpadeante soplo de la nada.

Arrojó el cuerpo al fondo de la barca, jadeante, el pecho oscurecido de una respiración mojada, de un rápido viento con fatiga.

¿Por qué lo había salvado? Ellos eran dos ixquintles sin voz, sin pelo, pardos y solitarios, precortesianamente inmóviles, anteriores al Descubrimiento. Descendían de la adoración por la muerte, de las viejas caminatas donde edades enteras iban muriendo, por generaciones, en busca del águila y la serpiente. Eran dos pedernales, piedras capaces de luz y fuego, pero al fin piedras dolorosas, oyendo su antiguo entrechocar, desde las primitivas pisadas del hombre misterioso, del poblador primero y sin orígenes.

Cruzarían el río y después, antes de llegar con el cura, el brusco mezcal les dolería por el cuerpo, calentándolo.

Aun cuando, ¿qué sentido encerraba aquello frente a todo lo muerto, frente a todas las cosas muertas y sin resurrección?

La noche parecía no tener fin, y Adán, dentro de *La Cautibadora*, como dentro de un ataúd, con el cerebro oscuro y la respiración entrecortada, tampoco tenía fin.

Los remos batían el agua terrenal y mortuoria. "Gracias", pensó Adán; pero un rencor inexplicable, una vergüenza, un agradecimiento rencoroso, le impidieron pronunciar la menor palabra.

Ya podían verse dos o tres luces vacilantes, que subiendo y bajando eran un anuncio del pequeño pueblecito. Las campanas del humilde templo dejaban, con el aire, notas trémulas y angustiosas, como ramas diminutas arrancadas a otra, corpulenta y central. Aquello parecía un lamento de auxilio en mitad de la noche turbia. "¿Por qué no habrá dejado que me ahogue?", y un sentimiento inaudito embargó el pecho de Adán, porque hubiese querido en ese instante echarse sobre Úrsulo para arrojarlo al río y, de una vez, desembarazarse de todo: del odio que le tenía, del miedo, del agradecimiento.

—Podría matarte ahorita —gritó—, pero no quiero...

Úrsulo permaneció callado, comprendiendo que si Adán no lo mataba era únicamente porque su hija, la hija de Úrsulo, había muerto, y hoy iban juntos por el cura.

CARA II Pequeño, ligeramente desconfiado, el cura miraba con atención a los dos hombres, sin comprenderlos, tan iguales y diferentes a la vez. Duración 18'13"

Adán sin ojos, el rostro feo, huidiza la frente, el pelo duro y brutal. Úrsulo impenetrable, recogido. Los labios tenían en ambos una manera de no expresar nada, carentes de sensualidad, pero simultáneamente gruesos y bellos. Tan sólo bocas fuertes, esculpidas, cubriendo la apretada dentadura de elote. Sin ojos. No se les veían, en efecto, hundidos, y espesos: piedras ágiles, secas, vivas y afiladas; piedras que podrían cortar y también ver en la noche, pues en ella estaba su origen y más que ojos eran una sombra helada.

—¡Venimos por usted...! —dijo Adán con una indolencia repugnante, saliéndole las palabras llenas de apatía, de frialdad, como callada amenaza.

El cura lo miró profundamente. Hombre extraño éste que se le presentaba con su simplicidad, su dureza suave, su exactitud. Era imposible conocerlo —y hasta de oídas resultaba irreal, mitológico—, fuera de cierta cosa vaga y siniestra. Sin embargo era dulce. Tal vez matase con ternura, cariñosamente, porque el homicidio

parecía serle sensual y cálido, y la tibieza de la sangre necesaria como necesario el sobrecogedor poder de arrebatar la vida.

Una angustia desprovista de fuerza, cual si estuviera rendido de cansancio, se apoderó del cura y de su pobre alma llena de vaga piedad. Juzgó preciso negarse y al propio tiempo en su corazón se repetía la súplica, la orden o aquello que quiso decir Adán: "Venimos por usted." Venimos. Para que los acompañara; para que fuese con ellos a través de la noche.

Más allá de los muros de la iglesia se encontraba el río, líquida espada, tumulto de sombras. Unos días antes apenas si era pobre agua mínima, de lento barro.

Quería negarse a ir con ellos. Si el río estaba tan crecido... Ayer o la semana anterior habría llovido mucho allá, entre las montañas, por la sierra. Y hoy, infinitamente, aquí, en la planicie, sin cesar, un diluvio. Tanta falta que hizo durante el último tiempo, que morían de sed los animales, los perros.

Iba de inmediato a poner ya su objeción: "Perdónenme, hijos míos...", pero la sencillez abrumadora de aquellos hombres salidos de la noche impedía cualquier esfuerzo. De la noche y de la muerte y que estaban ahí con su olor a mezcal. Pues cuando él dijera: "Perdónenme, hijos míos, no puedo...", y enseguida la excusa, seguirían sin alterarse, musitando tan sólo: "Está muy bien, padre", o "Está bien", o "Dispense la molestia", con la voz uniforme y sin emoción, para salir de nuevo a las tinieblas ya que los determinaba la sombra de un pensamiento fijo en el que las cosas, como ocurrían —en cualquier sentido—, debían ocurrir así.

"Hay que acompañarlos", pensó al cabo, vencido por su propio estupor y por la fuerza silenciosa, pertinaz, que salía de ellos.

Únicamente de oídas los conocía. Invulnerables y vivientes; símbolos quietos con su pasión terca corriéndoles por la sangre. "Y", pensó, "si enemigos como son hoy se les ve juntos, no es sino porque tan sólo han aplazado el odio para sustituirlo por esa convivencia silenciosa y sombría del país". Imposible concebir que alguna vez se tendieran la mano con verdadera lealtad o que alguna vez el contenido de las palabras cristianas se les revelase con su voz cálida. "No creen únicamente en Cristo, sino también en sus cristos inanimados, en sus dioses sin forma." En ellos Cristo se inclinaba sobre la serpiente aspirando su veneno, consustancial y triste.

El cuerpo bajo y pesado de Adán respiraba y quién sabe que sería de ese oxígeno entrando por la nariz y mezclándose después con aquella sangre de composición tan desoladora, tan deprimente.

Adán invencible, que bisbiseó sin la menor sombra de reproche:

—Si no quiere venir, padre, no venga...

El cura miró la punta de los pies, sin contestar. Tristes pies que sostenían su materia, que la dejaban erigirse. Ellos eran los que conducían, los que trasladaban, los que iban por la tierra. Cristo murió con los pies atravesados y de su pecho solitario brotaron aquellas terribles palabras: "¿Por qué me has abandonado?", y cuando llamó a Elí la gente creyó por un momento que era en verdad el Hijo del Hombre y que Dios aparecería para salvarlo. Cumpliose no obstante el misterio y Cristo se perdió. Se perdió por los clavos que lo unían a la cruz, al mundo, a su calidad de hombre terreno y vulnerable, de pies heridos, de inválida y amilagrosa voluntad.

El cura sentía ahora los clavos en sus pies. Inenarrable carpintería del sufrimiento, de la soledad. Y frente a los suyos, los pies de Adán, humildes, y también los de Úrsulo.

Tornó a mirar a los dos hombres, que ya eran dos ángeles indios, torvos ángeles con las camisas raídas y una nostalgia infinita y un pavor. ¡Era tan imposible hacer nada en su contra! Veíanse como en formación continua, aglomerando y dispersando su propia ma-

teria, vencidos en absoluto y con cierto rincón, no obstante, terciamente victorioso, hostil, que paralizaba el entusiasmo. Antojábase ver en ellos sólo un ruido con forma humana, lleno de tristeza y de rencor. Eran un ruido, un simple entrecocar de cosas sin luz.

Imaginó entonces que un animal desesperado, enemigo de sí mismo y cuya fuerza dimanaba de su propia capacidad para destruirse, para no ser, los había formado.

Adán estaba hecho de una liturgia compacta, sangrienta, cuyo rito era la negación por la negación misma; liturgia que había nacido de un acabamiento general donde la luz se extinguió por completo y sobre el que se edificaron, más tarde, tan sólo símbolos destructores, piedras en cuyos cimientos germinaba la impotencia tornándose voluntad, modo de ser, fisonomía. Adán era la impotencia llena de vigor, la indiferencia cálida, la apatía activa. Representaba a las víboras que se matan a sí mismas con prometeica cólera cuando se las vence. A todo lo que tiene veneno y es inmortal, humilladísimo y lento.

Igualmente enigmático, Úrsulo, con sus hombros lejanos que le caían muy por debajo de la cabeza triangular y vaga, ante los ojos del cura dábale miedo también, certeza del desconsuelo; de que había en esta tierra un suceder inevitable y malo. "De que los muertos entierran a sus muertos", pensó absurdamente, pues absurdas eran las palabras evangélicas. "Y", se dijo al pensar en ellas, "¿en verdad de dónde vienen, siendo tan misteriosas?" No hubiese podido responder, pero las palabras eran como una definición oscura y cierta. "Los muertos entierran a sus muertos en este país." Recordó entonces la frase exacta de Cristo cuando en Galilea, a donde había llegado después de atravesar tierras de Samaria —aunque costumbre entre judíos era hacerlo, mejor, por el curso del Jordán—, en respuesta a uno de sus discípulos que pedía: "Señor, dame licencia para que vaya primero y entierre a mi padre", dijo extrañamente, profundamente, la frase misteriosa y arrebatadora: "Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos." Los muertos cobraban entonces una calidad viva y superior. De pronto eran ya, consagrados e inmortales, actitud, salvación, renuncia. Y este país era un país de muertos caminando, hondo país en busca del ancla, del sostén secreto.

Sentíase el cura deprimido frente a los dos hombres, aunque, de otra parte, algo duro e incomprensible lo ataba a ellos, como si le hubiesen abierto un profundo vacío en el corazón.

Eran los pies y los clavos. La incapacidad de resurrección. Que Elí, que Elías, que el Rey, que el Padre, habíalos abandonado. Los pies sobre la cruz; los pies en cruz y el agua y la sangre brotando del costado para anegar la patria inmensa, sangre y agua de piedra.

—¡Arréglese, padre, para que nos vayamos...! —dijo Adán. Y lo curioso que, a pesar de la forma imperativa, la frase había sido pronunciada tiernamente.

El cura oyó esta voz húmeda que parecía tener unas lágrimas, y su espíritu llenose de mayores enigmas. "A pesar de todo, es decir, a pesar de la ternura", pensó trabajosamente, "este hombre no tiene religión", pues notaba la desnudez, la falta de duelo, de misterio, que había. Voz anterior al paganismo, vinculada a otro misterio: los clavos de pedernal humilde y sombrío entrando por los pies de Huizilopochtli miserable y tierno. Otro misterio que no el católico, de luto y olorosa muerte.

—¿Es muy lejos? —preguntó.

—Al otro lado del río...

Esperaba tal respuesta. Tenía miedo del río, del diluvio. Tenía miedo de los elementos. Del fuego y del aire.

—¿Aún vive gente ahí? —dijo entonces con asombro involuntariamente fingido.

No ignoraba que viviese gente del otro lado del río, pero cuando hoy se lo recordaban, sentía pena y una especie de remordimiento. Él no era nadie ni nada junto a la gente aquella. Allí vivían como perros famélicos, después de que la presa se echó a perder y vino la sequía. Vivían obstinadamente, sin querer abandonar la tierra.

Úrsulo y Adán asintieron.

—Muy poca, padre, nada más cuatro familias...

El cura movió la cabeza. Era inconcebible que pudieran permanecer seres humanos en aquella soledad. Por su pensamiento apareció la tierra avara y yerma: extensiones de cal dura y sin misericordia donde florecían las calaveras de los caballos y escuchábase el seco rumor de las culebras sedientas; desgracia de tierra apenas con sus cactus llenos de ceniza y agrio jugo de lágrimas remotas, hundidas en lejana geología.

—Ahí vivimos, padre... —reiteró Úrsulo.

Dijo estas palabras con firmeza y desolación, con sus labios duros, con su alma dura pensando en el empeño brutal que los tenía unidos a la tierra sin provecho. Habían esperado el agua largos meses. Habían esperado su descender fecundo y esperanzado.

—¡Caminemos! —dijo entonces el cura, a tiempo que terminaba de arreglarse, aprensivo y triste.

La tempestad había aumentado su furia. De las nubes de carbón brotaban relámpagos azules y el cielo veíase sin promesas.

Pensó el cura que era necesario rezar, bajo la tormenta. Nuevamente miró a los pies, ahora en movimiento sobre el lodo. Pies fundamentales, sustantivos. Sobre ellos se levanta la estatua del hombre, pero en las manos fue también herido Jesús. Y de las manos sale el trabajo, la dura azada, el varonil martillo. Era preciso rezar. Eran precisos el gemido o la palabra para rezar, mas su corazón estaba turbado y sus manos permanecían impotentes bajo el mar embravecido del cielo.

—¡Tome usted padre! —le dijo Úrsulo teniendo la botella de mezcal.

El mezcal; el vinagre. Porque el hombre tiene sed junto a la muerte. Y podía explicarse entonces, con una claridad iluminada, que estos dos seres y los centenares y millares que poblaban la tierra contradictoria de México, junto a sus muertos, silenciosamente, amorosamente, bebieran siempre su alcohol bárbaro e impuro, su botella de penas.

Tomó el mezcal y la bebida de fuego insinuose lentamente por dentro de las sombras que lo cubrían, latiendo con su olor metálico y duro.

No lejos, el río se escuchaba como un lagarto inmenso, respirando y la crepuscular mañana daba golpes de ciego tras empecinadas nubes. No amanecería jamás. La tierra había perdido el alba; una lucha angustiosa se libraba de la tormenta contra la aurora, del gigantesco saurio de la tempestad contra la espada, como al principio de este sistema de odio y amor, de animales y hombres, de dioses y montañas que es el mundo.

Porque la mañana tiene su sangre luminosa que desparrama dulcemente por atmosférica, angélica escala, y valles y colinas y barrancas llénanse de su acontecer sonoro, de su múltiple fuego. Mas hoy, agua y sangre por la misma vena, por el mismo costado, Cristo del aire, repetición de la lanza, no dejaban sino un crepúsculo humano de tejidos mortuorios, presente sin afirmarse, golpe sombrío desde un cielo inconcebiblemente alto y lejano.

"No, no va a amanecer", pensó el cura, "no amanecerá nunca".

Caminaban silenciosos bajo la tormenta. Oíanse las pisadas de Adán firmes, como si pertenecieran a la tierra misma, seguidas de los pasos de Úrsulo y el prevenido andar del cura.

Allá, del otro lado, estaría la mujer de Úrsulo, junto al cadáver

de medicitas color de rosa. Los ojos de Cecilia serían los mismos ojos bajo la luz de las velas. Las medicitas suaves, blandas, con su humilde popotillo, aunque después, ya en las piernas, cobrarán su dureza, muy sólidas, macizas, que se antojaba tocarlas, tan frías.

Había sobrevenido la muerte y era casi increíble y nebuloso de tan cierto.

Úrsulo estaba oscuro, rotundamente resignado; no obstante quería que su hija viviese para oírle la voz. Aquella voz de volumen tangible. O siquiera la respiración, aun la brutal, la desesperada respiración última.

La sombra de Adán, ahí enfrente, gritó:

—Estamos ya muy cerca del río...

Pero no; el río llevaba mucha corriente y sólo el crecido rumor de sus aguas era lo que parecía aproximarlo.

Enfrente de Úrsulo, las espaldas de su enemigo. La muerte, que los separaba, hoy los unía con su tregua silenciosa. De no ser porque la niña estaba muerta y Cecilia velando el cuerpecito, este encuentro de hoy se resolvería en seco. Pero era imposible.

Llevado de un impulso ciego:

—¡Padre! —se volvió Úrsulo gritando—, ¿Por qué no vuelve a su iglesia...?

El padre no dijo nada desde la oscuridad. Su iglesia estaba ahí caminando con aquellos hombres. Su iglesia viva, sin ubicación, junto a la muerte mexicana que iba y venía, tierna, sangrienta, trágica.

El propio Úrsulo comprendió que el cura no podría regresar ya, y no tan sólo por la tormenta, sino porque de pronto se encontraba ligado a eso que ellos: Úrsulo, Adán, Cecilia, Chonita, representaban: contradicción, desesperanza.

Fuera de ellos el paisaje parecía el mismo e interior paisaje que llevaba dentro: desesperanzado, contradictorio. Cuando el cura se decía "no amanecerá nunca", más que por el mundo exterior lo pensaba por los corazones en los que la noche había varado. Por esos corazones temblorosos y en tinieblas de Adán y Úrsulo. "Y ¿por qué?", preguntábase, "¿ir hoy con los sacramentos?"

No eran, por cierto, ellos dos, Úrsulo y Adán, quienes lo habían llamado. Llamábanlo, mejor, las sombras, el abismo, la tristeza, todo aquello sin amanecer y sin aurora que latía tan fuertemente en el aire, en su iglesia, en el río, en el secreto de la confesión. El paisaje era el mismo, ahí dentro del pecho de cada hombre y dentro de la historia. Y por eso iba con los sacramentos; para compartir la revelación siniestra del naufragio, del permanente naufragio en que se vivía.

Aquellos dos hombres caminando, eran su iglesia; iglesia sin fe y sin religión, pero iglesia profunda y religiosa. Lo religioso tenía para su iglesia un sentido estricto y literal: *re ligare*, ligarse, atarse, volver a ser, regresar al origen o arribar a un destino, aunque lo trágico era que origen y destino habíanse perdido, no se encontraban ya, y los dos hombres caminando, los tres hombres caminando, dos y tres piedras religiosas bajo la tempestad, eran tan sólo una vocación y un esfuerzo sin meta verdadera. ¿A dónde? ¿A la niña moribunda o muerta? ¿A los sacramentos rojos y morados de Roma? ¿O simplemente a llorar de nostalgia por otra muerte, lejanísima y consustancial, común a todos y que no era la de Chonita, pequeño accidente de la tierra, apenas blandas o rígidas medicitas color de rosa?

Él era lo que se llamó convencionalmente, para precisar un bando de la guerra religiosa, cura "de Roma". Pero la cardenalicia, papal, irrevocable ciudad, no decía nada al pueblo. Roma era Dios y Roma era la Iglesia. Pero aquí había otro Dios y otra Iglesia. El Cristo de esta tierra era un Cristo resentido y amargo. Nadie des-

cubrió, por ejemplo, unos años antes, cuando la guerra de los cristeros, que esa religión de Cristo Rey, que esa religión nacional era otra, y que Roma al predicarla, al ejercerla coléricamente y con las armas en la mano, no hacía más que disolverse, reintegrándose a lo que siglos atrás había destruido cuando sobre los templos indígenas se erigieron los templos del duro, seco, inexorable y apasionado catolicismo. La religión de los cristeros era la verdadera Iglesia, hecha de todos los pesares, de todos los rencores, de toda la miseria de un pueblo oprimido por los hombres y la superstición. Cristeros llamábanse, tomando el nombre que sus propios enemigos les habían dado. Y la palabra ruda, brutal arreligiosa, los enorgullecía, pues en efecto está llena de fuerza y contenido: era una suerte de diálogo entre el misticismo y la rabia, entre el pavor y la crueldad: todo lo que hacía retroceder al hombre hasta su yo antiguo y defender en Dios el derecho a la sangre y con la sangre afirmar una fe vaga, siniestra y aturdida.

La lucha se estableció en torno de la Iglesia y no sólo en el sentido religioso, poderoso de la palabra, sino literalmente. Ahí en el pueblo los agraristas y federales llegaron con el propósito de desalojar a los cristeros y apoderarse del templo para que oficiara un cura cismático. El cura "romano" —éste que hoy mismo acompañaba a Úrsulo y Adán—, contempló el duelo desde un lugar seguro. Recordaba ahora los gestos, las palabras, y cómo aquellos "viva Cristo Rey", "viva la Iglesia Mexicana", "viva la Revolución" que uno y otro bando lanzaban, no tenían significado alguno, pues eran tan sólo un expediente de la cólera, del miedo y de esas intolerables ganas de orinar y beber agua que sobrevienen durante un tiroteo.

Los cristeros avanzaban con cautela, irreales, dirigidos por Guadalupe, su jefe. "Somos muy pocos", pensó el cura desde su lugar, los labios secos en absoluto y una gran tristeza. Los disparos eran nubecillas blancas y los hombres, vistos desde lejos, caían sin ruido y como sin sufrimiento. "Lo curioso", pensaba el cura, "es que luchamos no sólo por el mismo templo, sino por la misma iglesia resentida y oscura".

Porque ni la Iglesia Romana ni la del Cisma dependían de Roma, en realidad. Eran ambas una sola iglesia; una iglesia de la nostalgia, de la resignación y de la muerte.

Desde su atalaya el cura advirtió cómo Guadalupe hacía ondear su camisa blanca en el cañón de una carabina, pidiendo tregua. Hasta él llegaron los gritos salvajes de los agraristas vencedores que agitaban sus fusiles en el aire, bajo la mañana clarísima. No supo qué hacer. Huyó. El cielo era transparente; transparente y él en loca carrera. "Una sola iglesia, sí, un solo templo." Le dieron asilo hasta el anochecer en que partió a caballo para esconderse. Días más tarde supo de Adán, a quien hasta hoy conocía. Adán, atroz que llevaba ese nombre de padre. Supo de Adán: que había matado a Guadalupe y torturado salvajemente a Valentín, otro de los jefes cristeros.

Ahora, bajo el chubasco, miraba las espaldas de ese hombre, y nuevamente sentía miedo, pues algo comenzaba a crecer dentro de su corazón. Eran unas espaldas anchas y pesadas, como baldosas. Las caderas fuertes resentían su peso y balancéabanlas con ritmo varonil, seguro. Era aquello sentirlo muy próximo, tocar casi su naturaleza increíble de firme criminal. Pero entre Adán y los dos hombres interponíase un siglo de sombra. Imposible hacerle nada.

Tropezó Adán con *La Cautibadora*, varada ahí junto al río y dio un grito que nadie pudo oír:

—¡Ya llegamos...!

Se sentía ciego, abrumado, y era dentro de sus entrañas donde el río le daba golpes, tan grande, con su ruido infernal.

no sola en el avicio

—Apenas si podremos atravesarlo —gritó otra vez.
No se le escuchaba. Nadie podría oír siquiera su propia voz.
—Se va a desbordar... dijo Úrsulo.
Mas inútil decir nada con aquella aurora tenebrosa y aquel
cielo sin concavidad, derrumbado.
“Rezar”, pensó el cura, “quisiera rezar...” Pedir perdón. Con-


mover con un ruego oscuro la voluntad extraña que aplastaba la
tierra, pues un monstruo le nacía dentro del corazón. Rezar. Pero
no. La figura de Adán impedía todo.

—¡Vámonos! —dijo desesperado.

Empujaron entonces la barca echándola sobre el río, y se in-
ternaron en las aguas, poseídos por entero de un inmenso rumor.

Faint, illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side. The text is arranged in several paragraphs, but the characters are too light and blurry to transcribe accurately.

Faint, illegible text on the right page, possibly bleed-through from the reverse side. The text is arranged in several paragraphs, but the characters are too light and blurry to transcribe accurately.

IMPRESO EN MEXICO  IMPRENTA MADERO, S. A.